

LA ILUSTRACION PERIODICO UNIVERSAL



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 2 rs.

NUM. 8.—SÁBADO 23 DE FEBRERO DE 1850.
MADRID

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y Extranjero: Año 80.

ADVERTENCIA.



CASION han tenido nuestros suscri-
tores de observar en los dos meses
que van transcurridos de este año,
el celo y perseverancia con que
nos hemos consagrado al adelanta-
do de nuestro periódico, y el punto
á que nos ha sido dado llevar las
mejoras que ofrecimos introducir
en LA ILUSTRACION, así en el tes-
to como en las láminas. Nos cabe
la satisfacción de haber visto re-
compensados nuestros esfuerzos,
por el lisonjero sufragio del pú-
blico, que no ha podido menos de reconocer la bondad y el
desinterés de nuestros deseos, ya que no el acierto de nues-
tros esfuerzos.

Desgraciadamente no todos los elementos que entran en
la composición de los trabajos de este género, están sujetos
á la inmediata agencia de nuestra voluntad. Obstáculos insu-
perables se han opuesto á que hasta hoy aparezca LA ILUS-
TRACION con todo el lucimiento necesario. Ni hemos recibido
aun la partida de tinta que tenemos comprada en Londres,

ni el papel de cuerpo y satinación que hemos hecho elaborar
en la fábrica de Rascafría y con el cual contábamos de segu-
ro para mediados de este mes. La falta de estas primeras y
principales materias, nos ha causado la mortificación de que
las escelentes láminas que hemos publicado desde 1.º de ene-
ro, y las muy esmeradas que tenemos dispuestas, no aparéz-
can á los ojos de nuestros lectores tales cuales son en las
pruebas, no pudiendo por consiguiente apreciarse debida-
mente los sacrificios y desvelos que nos han costado.

Por fortuna pronto cesarán estos contratiempos: tenemos
ya en Bilbao los barriles de tinta, y aguardamos en toda la
semana entrante el nuevo papel. LA ILUSTRACION va pues á
recibir nuevo incremento con estos dos elementos los mas in-
fluyentes en publicaciones de esta clase. Otra reforma no
menos importante vamos tambien á introducir en obsequio á
los suscritores de provincias, que se quejan del mal trato que
los números sufren en el correo; para evitarlo de cuanto de
nosotros dependa, nos ocupamos de disponer que el periód-
ico vaya completamente cubierto como vá el SEMANARIO.

A la publicación de este número se cuentan 12 meses
desde la aparición de LA ILUSTRACION: los señores suscritores
de año cuyo abono cumple en fin de este mes, se servirán re-
novar para no experimentar interrupción ni retraso. Abonan-
do 42 rs. en Madrid y 50 en provincias por los 10 meses
que restan de 1850, adquieren derecho á todas las ventajas

ofrecidas en el prospecto.

Los suscritores de Madrid que no hayan recibido el ATLAS
teniendo derecho á él, se servirán reclamar. A provincias se
han hecho los envíos por mensajerías, exceptuando dos
carreras generales que se están disponiendo.

HISTORIA DE LA SEMANA.

En la *Gaceta* correspondiente al 15 del corriente, se pu-
blicó una comunicacion por la cual se confirmaba oficial-
mente la grata noticia de que S. M. la reina ha entrado muy
probablemente en el quinto mes de su embarazo. Los núme-
ros siguientes del diario oficial, no contienen otra cosa im-
portante que el decreto de suspensión de las Cortes y las fe-
licitaciones de varias corporaciones á S. M. la reina, por
el suceso que todos esperan ver felizmente confirmado. Cuén-
tanse entre estas los cuerpos colegisladores, los individuos
del cuerpo diplomático extranjero, los cuerpos y altos fun-
cionarios del Estado, el ayuntamiento de Madrid, la comi-
sion de la grandeza, etc., etc.

Para celebrar el fausto acontecimiento que ocupa estos
días la atención de esta córte y en breve la de todo el reino,
se mandaron celebrar tres días de gala.

A las horas de costumbre se hicieron las salvas corres-



Destruction de los árboles de la libertad en Paris.

pondientes en estos casos, y el pabellon nacional ondeaba durante el dia en el palacio real, los ministerios y demas establecimientos públicos, todos los cuales estuvieron por la noche iluminados.

FRANCIA. No han vuelto á renovarse los amagos de trastorno que se presentaron en Francia á principios de mes, con motivo de la medida adoptada para arrancar los árboles de la libertad. Al frente de estas líneas ofrecemos una escena de las ocurridas con tal motivo.

El *Moniteur* del 10 publica un decreto señalando el 10 de marzo próximo para las elecciones en reemplazo de los representantes sentenciados á diferentes penas por el tribunal de Versalles. El número de estos es de 30.

El *Napoleon* desmiente los rumores de crisis ministerial, asegurando que ni remotamente pensaba el presidente en cambiar el gabinete.

Sin embargo de que la autoridad ha reprimido facilmente los excesos de que ha sido teatro Paris, existe cierta desconfianza, y no se hacen muy buenos pronósticos para el porvenir.

La situación alarmante de algunos departamentos en que los socialistas se agitan con la mayor actividad, y parecen dispuestos á provocar levantamientos, ha movido al gobierno francés á tomar muchas precauciones. Es la mas principal la concentración de varios distritos militares bajo el mando de una autoridad superior. El teniente general Castellane ha sido nombrado capitán general del 12º distrito (Burdeos), al que se agregan el 14 (Nantes) y el 15 (Rennes). De manera que todas las provincias del Oeste desde el centro de las Landas hasta la costa del Océano frente de Jersey quedan bajo el mando de una sola persona.

Al mismo tiempo parece que el gobierno ha nombrado un comisario civil especial para los departamentos en que se halla subdividida la antigua Alsacia, el cual lleva principalmente la misión de espulsar á los numerosos emigrados alemanes que propagan por aquel país el espíritu revolucionario.

La mayor parte de los periódicos de Paris siguen comentando estas disposiciones. En general creen que el presidente tiene miras ambiciosas, y que los generales á quienes ha encomendado tan vastos mandos, serán los instrumentos que emplee para realizar sus proyectos imperiales. Se decía en Paris, que inspirando cada dia mayor cuidado la situación de varios departamentos, iban á ser declarados en estado de sitio.

Los partidos se han lanzado con ímpetu á la arena electoral. El comité central del partido conservador ha publicado un aviso convocando á reuniones preparatorias, con objeto de ponerse de acuerdo sobre la designación de candidatos. El comité recomienda la mas estrecha union, sin la cual no hay esperanza de alcanzar la victoria.

Entre los candidatos que parece tenia en mientes el partido socialista se encontraba Eugenio Sué; pero acaba de publicar una carta dando gracias á los que habian pensado dispensarle este honor, y manifestando que no puede aceptarlo, en razon de haberse comprometido á entregar, dentro de breve plazo á sus editores su nueva obra, titulada *los Misterios del Pueblo*.

La Asamblea continúa discutiendo vivamente el proyecto de ley de enseñanza. En la sesion del 12 hubo una lucha gigantesca entre los partidarios de la libertad, el obispo de Langres y Mr. de Montalembert, y Mr. Barthélemy Saint-Hilaire, defensor acérrimo de la Universidad. Por lo demas las últimas sesiones carecen de interés.

ALEMANIA. El nuevo parlamento de Erfurt está convocado para el 20 de mayo, á cuyo efecto la comision gubernativa, que en la actualidad reside en Berlin, se trasladará á dicha ciudad con diez dias de anticipación. La Prusia envia al Parlamento 163 diputados. Este es un tercer ensayo que va á tentarse bajo los auspicios del rey Federico Guillermo para la organización del imperio alemán.

El rey de Prusia prestó el dia 6 el juramento de fidelidad á la Constitución de la monarquía. Antes de verificar el acto pronunció S. M. un discurso en el que despues de indicar que estas eran las últimas palabras que diria sin responsabilidad de parte de sus ministros, manifestó que la Constitución necesitaba todavía algunas modificaciones para dar al poder las fuerzas que necesita, las cuales deberían realizarse por los trámites que en ella se establecen. Añadió que antes de prestar juramento queria renovar dos solemnes promesas: á saber, la de 1840, en que dijo que el rey seria un príncipe fiel á su pueblo, y la de 1847 en que aseguró por él y su familia servirían al Señor. En seguida prestó juramento en estos términos:

«En el momento en que en uso de todos mis reales derechos sanciono la Constitución, juro solemnemente ante Dios y los hombres que guardaré inviolablemente la Constitución de mi reino, y que gobernaré con arreglo á ella y conforme á las leyes. Sí, sí, esta es mi voluntad, y Dios me ayude.»

En aquel mismo dia hubo gran banquete en palacio, habiendo asistido á él los miembros de ambas cámaras. El rey echó el siguiente brindis:

El reconocimiento público, por boca del rey á las cámaras:

Así ha terminado una cuestión en que por espacio de dos años el rey Federico Guillermo ha vacilado constantemente.

En Viena no ocurre la menor novedad. Tanto los periódicos de esta ciudad como los de las demas ciudades de Alemania, apenas hablan de otra cosa que de movimientos y concentración de tropas. El ejército de Bohemia al mando del archiduque Alberto cuenta en el dia 80,000 hombres. Los de los demas puntos fronterizos han sido igualmente reforzados.

Parece que el directorio suizo acosado por las reclamaciones y amenazas de la Prusia y Austria se ha decidido al fin á espulsar á los refugiados que inspiren inquietud á las potencias limítrofes. Mazzini ha recibido orden para salir de la confederación, y al mismo tiempo ha tomado el directorio medidas para que se traslade precisamente á Inglaterra ó á Ultramar.

El gobierno austriaco ha publicado la Constitución del Tirol y de la Bohemia. La dieta del Tirol se compondrá de 72 diputados, de los cuales 24 serán nombrados por los mayores contribuyentes, 80 por las ciudades designadas en la ley electoral, y 40 por los demas distritos municipales. La Bohemia tendrá 220 diputados que serán nombrados por elección directa.

Las noticias de lo ocurrido en Grecia, han causado gran irritación en Viena, y se aseguraba que el gobierno habia espedido á su ministro en Atenas instrucciones para que caminase de acuerdo con el representante ruso.

La *Gaceta* de Ausburgo publica noticias de Viena que alcanzan al 29. El bloqueo era cada dia mas rigoroso, habiéndose hecho estensivo á los buques mercantes, á los cuales no se permitia salir de los puertos. En Atenas reinaba la tranquilidad, y era cada dia mayor el entusiasmo que el pueblo manifestaba por el rey. El gobierno habia nombrado embajadores extraordinarios que debian salir inmediatamente para San Petersburgo y Paris.

ITALIA. Nada de particular ocurre en Italia. La cámara de los diputados del Piemonte se ocupaba de un proyecto de ley en que se propone la reunion de los bancos de Turin y Génova.

INGLATERRA. En la sesion de la Cámara de los Comunes, del 8, lord John Russell espuso estensamente las miras del gobierno con respecto al régimen interior de las colonias. Habiéndose hecho correr la voz de que se consentiria al Canadá que se incorporase á los Estados Unidos, el ministro protestó contra semejante proyecto, añadiendo que el gobierno emplearía cuantos recursos estuviesen á su alcance para impedir la separación de cualquiera de las colonias. En cuanto á las medidas políticas hay proyectos de diferentes indoles, segun las costumbres de los países para donde se destinan. En Canadá se establecerá por de pronto una Cámara electiva, y mas tarde un consejo legislativo, cuyos individuos deberán reunir calidades mas superiores que los de aquella. En Australia no habrá mas que una Cámara, siendo nombradas las dos terceras partes de los diputados por el pueblo y la otra tercera por el gobierno colonial. En resumen, la Inglaterra se propone establecer en todas sus colonias cuerpos deliberantes con facultades latas en lo tocante á la administracion interior de cada una de ellas.

En el distrito de Clocenter ha sido elegido diputado por 23 votos contra 386 lord JOHN MANNERS, candidato del partido proteccionista.

En la sesion del 9 de la segunda cámara sajona, el gobierno fué interpelado sobre el estado en que se encontraban las negociaciones para plantear la constitucion alemana llamada de los Cuatro Reyes. El gabinete contestó que estando todavía pendientes, no podia entrar en esplicaciones.

ESTADOS-UNIDOS. Por el vapor *Que of the West* se han recibido en Inglaterra noticias de Nueva York. El general TAYLOR habia obsequiado con un banquete á los refugiados húngaros. Las sesiones del parlamento seguian su curso regular sin ningun incidente notable.

DE LA NATURALEZA DE LA CIVILIZACION ANTIGUA COMPARADA CON LA PRESENTE.

ARTÍCULO PRIMERO.

De en medio de las revoluciones y catástrofes que actualmente presencia la Europa, ha surgido la repentina idea de si la civilización perecerá con la disolución que amenaza á las sociedades.

Estos temores abrigados en las almas débiles no tienen nada de extraño si se atiende al estado alarmante de los tiempos presentes, á las creencias y á los sistemas filosóficos, políticos y sociales que descomponen de una manera notable las bases sobre que descansaba la antigua civilización.

Indudablemente que, si fijamos la atención en la historia, no hallaremos un periodo tal vez semejante al que corremos en la época actual, pues la analogía que se quiere encontrar por algunos con la irrupción de los bárbaros de la edad media, no es exacta, puesto que aquel gran desbarahuste social fué producido, además de otras lentas causas, por la inoculación de un elemento extraño, que descompuso el romano imperio dueño á la sazón del mundo conocido, y la actual revolución brota del seno de las sociedades mismas, con intereses y miras enteramente diferentes de aquellas épocas.

Al hacer uso de la historia para tratar tan delicada materia, lo haremos con franqueza y con imparcialidad, manifestando antes que no somos de aquellos que creen en el círculo de hierro histórico trazado por Vico, dentro del cual giran perpetuamente las sociedades. Así, pues, pensamos que, si en la antigüedad fué un hecho constante la infancia, la juventud y decrepitud de los pueblos, no lo será en lo sucesivo, merced á un favorable conjunto de causas que hace que la civilización tenga, en vez de un punto de apoyo local, su base en todo el mundo.

Trataremos ante todas cosas de la naturaleza de la civilización antigua, y de las condiciones de su desarrollo, para cuyo objeto la historia nos servirá de poderoso auxilio, y entrando despues en el inmenso campo de la civilización presente, pondremos de manifiesto las bases sobre que esta descansa, para deducir con precisión las consecuencias que son objeto del pensamiento del presente artículo. La naturaleza y forma de este no nos consienten remontar á grande altura un pensamiento que puede ser asunto de una obra voluminosa: por otra parte el escaso periodo que conocemos de la historia de la humanidad, nos impediría aproximarnos al origen de los tiempos, aproximación que á mucho nos pudiera conducir para la historia de la perfectibilidad del hombre.

Varias son las manifestaciones de la antigua civilización que nos ha transmitido la historia, pero la mas constante de todas es, que tenia siempre un punto de residencia, y este era local: así nos lo demuestran en el oriente Babilonia, Persépolis, Memphis y Palmira; y en el occidente Atenas y Corinto, Cartago y Roma. Fuera de estas sociedades no habia otra cultura, que algun reflejo débil que proyectaban estos grandes centros del saber sobre la superficie del mundo. Aun mas, algunas castas privilegiadas tenian el monopolio de las ciencias, que constituian un arcano para los demas, y fuera de tan escaso recinto todo era tinieblas. Escribir la civilización del Egipto y del Oriente, no seria otra cosa que escribir la historia del sacerdocio. ¡Qué obstáculo no encontraron en sus viajes algunos filósofos griegos, para arrancar á los avaros Bramas secretos en las ciencias! Tesoros tan herméticamente cerrados espuestos estaban á que al menor cataclismo perecieran, y perecieron.

Si reflexionamos la gran dificultad de multiplicar hasta lo infinito, por medio de la copia, los ejemplares de las obras escritas en pergamino y otras materias, se verá por qué desaparecieron multitud de ellas, y como las que llegaron hasta nosotros vinieron en gran parte incompletas y adulteradas. Rotas en la edad media las comunicaciones con Asia, y especialmente con Alejandria de donde venia el papiro para los libros, se vieron aquellas generaciones en la dura necesidad de raspar las obras mas clásicas de la antigüedad, para escribir sobre estas los ritos católicos. Comunidades religiosas bastante considerables, dice Robertson, llegaron á no poseer mas de un misal. El abad de Ferrières escribe al Papa en 833 para que le remita una copia del *crador* de Ciceron, porque en toda la Francia, dice, no se encontraria un ejemplar completo.

Con tal penuria, la dificultad en instruirse debia ser grande por lo costoso de los manuscritos que solo reyes y poderosos magnates podian comprar. El duque de Borgoña pagó á Enrique Garnier 511 francos por un libro titulado *Crónica de los reyes de Francia*. Aristóteles compró las obras del filósofo Speusippo, discípulo de Platon, en 180 libras de plata, (87,600 reales) cantidad enorme atendido el valor de la moneda en aquellos tiempos. La condesa de Anjou dió por un ejemplar de las homilias de Haimon, obispo de Halberstadt, doscientos carneros y cantidad considerable de granos de todas especies. Es muy curioso ver á Luis XI tomar prestadas de la facultad de medicina de Paris en 1471, las obras del médico árabe Basés, depositando en prenda una cantidad considerable de su bajilla, y dar además por fiador un gran señor, para que concluido el término del contrato se obligue á devolverlas. Por último, vemos á Ciceron que, á pesar de sus riquezas, ruega mil veces á Attico para que no venda ciertas obras, porque espera poderse las comprar con el tiempo.

El número de las bibliotecas, que tanto influye en la civilización de los pueblos, era escaso en los tiempos antiguos que nos cuentan como las mas célebres la del rey de Pérgamo, la de Augusto, y sobre todo la de Alejandria que llegó á contar 700,000 volúmenes, cuyo incendio á manos del bárbaro Omar y su famoso dilema, hijo del fanatismo religioso, rompió la gran cadena del mundo científico y literario que debia ligarnos á los tiempos mas remotos, y produjo esa gran laguna que, aun hoy dia, nos hace lamentar la pérdida de todos los tesoros de la civilización oriental.

Siendo las comunicaciones uno de los grandes vehículos de la civilización podrá venir en conocimiento de su estado al ver que Roma, único pueblo de la antigüedad que poseyó un sistema de caminos, estaba reducida á algunas cuantas vías, que eran grandes arterias sin duda, pero escasas para la vida de tan grande imperio. Por mas que se quieran exagerar sus caminos y comunicaciones, y el servicio y relevo de sus postas introducidas por Augusto, ciertamente no podrá presentársenos en el movimiento anual de aquel imperio un número tan considerable como en el de algunos pueblos modernos, dejando aparte la maravillosa invención de los caminos de hierro. Para que se tenga alguna idea del estado á que llegaron las comunicaciones en la edad media, citaremos el hecho siguiente sacado de Robertson en sus *pruebas é ilustraciones* al tomo primero de la historia de Carlos V: «Queriendo el conde Bouchart, hácia fines del siglo X, fundar un monasterio en Saint-Maur-des-Fossés, cerca de Paris, fué á buscar á un abad de Cluny en Borgoña, famoso por su santidad, para suplicarle que llevara algunos monges. Es singular el lenguaje que tuvo este santo varon. Dijo que habiendo emprendido tan dilatado y penoso viage, cuya distancia le habia fatigado en estremo, confiaba que le concederia su petición, y que no habria venido en vano á un país tan remoto. La respuesta del abad es todavía mas estraña; se negó rotundamente á contentarlo bajo el pretexto de que seria demasiado fatigoso ir con él á una region estraña é incógnita.» Sin la perfección de las cartas geográficas, que desconocieron en parte todas las naciones antiguas, y sin el invento y aplicación de la brújula, propio de las modernas, no hay comunicaciones posibles sobre el globo por mar y tierra tal como hoy existen.

El comercio es otro de los elementos que mas pronto desenvuelve y da la cultura á los pueblos, los atrae, los afina con el roce y los hace hermanos. Una de las mayores ventajas que proporciona es dar la libertad á los asociados, porque, viviendo todos del trabajo, borra la diversidad de castas privilegiadas que constituyen toda clase de opresiones. No entraremos aquí á tratar detalladamente de los pueblos comerciales de la antigüedad, entre los cuales descuellan Fenicia y Cartago, pero las reflexiones que vamos á esponer, además de lo dicho, serán bastante fuertes para hacer notar que el comercio antiguo, sobre todo el anterior al cristianismo en el periodo de su gran desenvolvimiento, era insignificante comparado con el moderno.

Este se hacia entonces por los esclavos, y ya se deja entender lo suficiente, el vuelo y movimiento que tendria esta profesion desempeñada por unos hombres que, sin existencia propia, pasaban su peno á vida trabajando para otros. Además de los esclavos, el comercio podia ejercerse por otra porción de hombres libres como en Roma los libertinos, libertos y manumitidos; pero esta clase de hombres eran odiados por la sociedad que consideraba viles los oficios y el comercio, y despreciables á los que le ejercian. La sociedad, verdaderamente dicha, no la constituian, en general, mas que dos clases, la aristocracia religiosa y la civil, que, entre la profesion de las armas y las letras, únicas que cultivaba, tenia por mas honrosa la primera. Una tercera podia añadirse que, aunque muy estensa, no correspondia ciertamente su influencia á su grande número, y era la de los arrendatarios y cultivadores de tierras, gente sin ninguna participación en los negocios públicos, y solo dispuesta para sobrelevar las cargas y penalidades de todo género con que la abrumaban los delegados del poder supremo, de lo cual podrá tenerse una idea leyendo la famosa arenga de Ciceron contra Verres. Por último, una de las causas mas graves que imposibilitaba, destruía y secaba la fuente de la riqueza comercial antigua, era la guerra feroz y esterminadora del espíritu militar de entonces. Las naciones conquistadas solian desaparecer de una manera horrible á manos del conquistador. El famoso *delenda Cartago* de Caton se vió tan al pié de la letra cumplido que, aun hoy dia, se ignora el sitio sobre que estuvo asentada

aquella célebre ciudad. Cesar en sus comentarios nos cuenta con la mayor sangre fría que en una ciudad de las Galias, tomada por asalto despues de una tenaz resistencia, fueron pasadas á cuchillo 39,200 personas inermes, y despues de la toma de Namur hizo vender como esclavos 53,000 hombres. Interminable seria referir aquí los casos de estrago, desolacion, incendios, saqueos y ruinas que se vieron en las célebres guerras de las Galias, Púnicas, civiles de Roma, del Ponto y de Alejandó en Asia, que concluyó con el incendio de la famosa Persépolis, emporio á la sazón de la riqueza de Oriente.

Desconocida la administracion militar en los antiguos ejércitos, y careciendo de almacenes de boca y guerra en sus largas y penosas marchas á las estremidades del imperio, el merodeo diario para la subsistencia y el botín eran el premio de sus fatigas y victorias. El soldado romano recibia al entrar en campaña algunas monedas de cobre y trigo para cinco dias que tenia que reducir á harina para su alimento.

Con lo dicho se comprenderá facilmente hasta donde podia llegar el comercio antiguo y la inconstante inseguridad en que debia vivir en todos los paises por donde cruzaban aquellas fieras legiones romanas que siempre volvia cargadas á la gran metrópoli con los despojos y el saqueo del mundo. Nos hemos fijado para estas últimas consideraciones sobre Roma por ser el pueblo que superior á todos los antiguos, como heredero de todas las civilizaciones anteriores, presentó un sistema de guerra mas regular y humanitario.

Desconociéndose, finalmente, en aquel entonces el vasto y poderoso sistema de la asociacion moderna para todo género de empresas, y siendo mezquinos los aparatos de conducción y escasas las municiones, que solo el gobierno podia estenderse el comercio antiguo, vehículo, como queda dicho, uno de los mas poderosos de la civilizacion en todas épocas. Tratándose de esta no puede pasarse en silencio la esclavitud, propiedad animada como la llamó Aristóteles, y no necesitamos preguntar lo que seria en aquellos tiempos en que los pequeños estados de la culta Grecia llegaron á tener veinte millones de esclavos, contándose solo en Corinto 460,000 para un pequeño número de ciudadanos libres.

Este es el lastimoso cuadro que presentan las sociedades antiguas mas adelantadas, bello ideal de algunos hombres sistemáticos que no encuentran en lo pasado sino el perfeccionamiento del individuo: en lo pasado, donde solo una milésima parte, y aun mas, de la poblacion, tenia el saber y la conciencia de su dignidad: en lo pasado, aun despues de una civilizacion mas humana y que toca á nuestros tiempos, en que el palo y la cadena y los privilegios mas humillantes fueron el instrumento de los caprichos de un señor: en lo pasado, en donde el laborioso comerciante era un despreciable mercader, y honrado, noble y venerado el hombre que pasaba su vida sin hacer nada mas que vivir ennegado en los vicios y goces que proporcionaba una vergonzosa opulencia que descansaba tranquila en los dolorosos padecimientos de la esclavitud y de la servidumbre. Esta fué, pues, la civilizacion antigua que puede llamarse accidental, puesto que no constituyó el carácter general de aquellas sociedades, y si solamente el de algunas castas privilegiadas. No se crea por esto que no amamos y admiramos las grandes capacidades que nos ha legado la antigüedad. Los esfuerzos individuales de aquellos grandes hombres que, á través de la noche de los tiempos, llegaron hasta nosotros merecen nuestra veneracion y respeto, y nos consuelan, al pasar nuestros ojos por el vasto campo de la historia, como al viajero las escasas y hermosas flores que encuentra en su camino al cruzar tristes y melancólicos arenales.

Estos son, en resumen, los puntos mas culminantes que presenta el cuadro que acabamos de trazar de la civilizacion antigua. Entrar ahora en el exámen de la organizacion religiosa, civil y política seria, como hemos dicho, objeto de una obra voluminosa. Con lo ya espuesto creemos que sea lo suficiente para nuestro propósito, y en un segundo artículo, al tratar de la civilizacion presente, comparándola con la antigua, haremos ver como el magnífico espectáculo que á nuestra vista presentan las ciencias y las artes hace esperar que la humanidad irá caminando á un perfeccionamiento indefinido que la inteligencia puede crecer pero no abarcar en sus anchos horizontes.

D. MENENDEZ RAYON.

Los curanderos.

Yo no sé como hay cristiano que tenga valor para estar enfermo. No parece sino que es un delito el sentir algun quebranto en la salud, segun se complace en atormentar á un doliente todo el género humano. Cansado estoy de oír y de leer epigramas, sátiras y maldiciones contra los médicos. No negaré que algunos las merecen y acaso algo mas: ¿pero no son por ventura mas perjudiciales y mas funestos los curanderos? ¡Y vale Dios que no abundan! Quéjese un prójimo en cualquier parte de que le duele la cabeza y seguro es que le falten remedios: todos, por supuesto eficaces, experimentados, infalibles. De todas las pedanterías ninguna me parece tan insufrible como esta, ni capaz de acarrear tan fatales consecuencias. — ¿Le duele á V. el estómago, eh? Sí... La mudanza de temperamento... No extraño... Eso no es nada. ¿Quiérese V. curarse? (Esta bárbara pregunta es de cajón.) Pues no tiene V. que llamar al médico, que ellos de lo que nada vale suelen levantar una cantera de mil demonios. Cuando no retardan la cura por avaricia, la hacen eterna por torpeza, ó por obstinacion. Refresque V. unos dias: eso es calor. — ¡No! Si lo que me han dicho que tengo es un pasmo... — ¿A ver la lengua? esclama otro. ¡Eh! Un poco encarnada por los bordes... No es cosa de cuidado; pero por precaucion no haría V. mal en aplicarse á la parte... (al estómago quiero decir) cuatro docenas de sanguijuelas. — Al otro dia le sale al encuentro uno de esos eternos saludadores que no ven por la calle á un conocido sin detenerle y apurarle la paciencia á fuerza de preguntas y cumplimientos. — ¿Qué tal? ¿Va mejor? — Asi, asi... — ¿No digo? Cada dia estará V. peor. — No se cuida; V. no quiere tomar mis consejos... Pero... — Si quiere V. vivir adopte mi plan y quítese de cuentas. La leche de burra, cerveza á pasto, sinapismos en las plantas de los pies y baños de regadera. V. me dará las gracias. — Desde

ahora se las doy á V. por el interés que se toma en mi salud, pero temo... ¡Qué bobería! ¿No es una indigestion lo que V. padece? — Indigestion... creo que no, porque todas mis funciones... — No importa, es indigestion. Siempre que duele el estómago, regla general: indigestion. — Si yo no he cometido ningun exceso, si nada he comido que pueda haberme hecho mal... — ¡Pero, hombre de Dios! ¿Y la atmósfera? — ¡Ah! Una indigestion de atmósfera. Eso es otra cosa. No obstante yo... — El paciente nunca es voto... ¿Quién ha de saber mejor que yo dónde me duele y por qué?... — No que los enfermos son por lo regular indóciles y caprichosos. Un *Imparcial* vé mejor esas cosas — ¡Ya! Si V. me vé el estómago... — Lo mismo que si lo viera. La práctica... la esperiencia... En mirando yo á la cara á un hombre... Con que... Lo dicho y dieta rigurosa; y si le repugna á V. la leche de burra, mande V. que se la mezclen con jarabe de achicorias.

Desaparece el *imparcial*, y hé aquí que el infeliz enfermo topa con mi señora doña Agueda Sepúlveda y Marchamalo, celebrada en todo el cuartel por su pericia en la medicina casera. ¿Qué le duele á V. señor don Benigno? — Tiene V. tan mal color!... El estómago sin duda. Me han dicho que se quejaba V... ¡Oh! Y los síntomas no son de otra cosa. ¡Flato! ¿no es verdad? — Señora... yo no sé. — ¿Flato? Le compadezco á V.; porque yo sé lo que es ese mal. Desde que enviudé que fué el año de 86... ¡Oh! Algunas veces me pone á parir... — ¡Señora! ¡si tiene V. setenta años! — ¡Si; pero voy al decir. Yo sé lo que es padecer de flato... Como que nunca me veo libre de sus ataques. ¡Jesus, parece maldicion! pero si V. quiere tomar mis consejos... verá V. lo que yo hago. Por la mañana... — Pero ¡señora! si yo no soy viuda ni vieja... — Mi régimen es tan útil á un sexo como á otro. — Lo creo; eso si que lo creo. ¿Pero no acaba V. de decirme que á pesar de su ciencia nunca logra verse aliviada? V. se quiere burlar de mí por lo visto. — ¡Qué disparate! La diferencia de complexion... Mire V.: por la mañana una buena taza de sopas con cominos, y aunque añada V. un par de huevos no le hace. Los huevos son sanos, nutritivos y antiestasmódicos; pero ha de cuidar V. que sean de corral; quiero decir frescos, porque no son frescos todos los huevos de corral. Yo los pago á ocho cuartos y no siempre logro que sean del día. Despues que esten escaldadas las sopas, se parten los huevos, se tira la cáscara, porque la cáscara de huevo es indigesta, y al amor del fuego... — Adelante, señora, que estoy de prisa. — Comer poquito y á menudo y cosas de sustancia y apetitosas. Una copa de pajarete y unos vizeochitos á las once: á la una toma V. su tacita de sopas del puchero con una magra; á las dos la comida, que deberá ser frugal. Cuatro simplezas despues de un buen cocido. Un frito de criadillas, por ejemplo, luego media perdiz... — Yo suelo comer una, pero como V. no tendrá acaso tanta debilidad... — ¿Acabará V.? Un trozo de salmón, crema... cosas inocentes y ligeras. En seguida, dos ó tres horas de siesta; chocolate al anocheecer con unos bollos de manteca y cenar... lo que á V. le apetezca. Cuando apriete el dolor, una cucharada de la antiestérica, paños de aguardiente refinado en el estómago, y al acostarse unas friegas en salvo la parte. Pero es menester saberlas dar. Hasta que Juliana aprenda yo me encargaré si V. quiere... — ¡Vaya V. á dar friegas en el infierno á la bruja que parió. No sé como he tenido sufrimiento... — ¡Insolente! ¿Qué modo de hablar es ese? ¿Así me paga usted?... — ¡Desagradecido! — ¡A esa loca! — ¿Yo loca, bribon? ¿Yo?... ¡Ah! ¡El hestérico!... ¡Socorro! ¡Misericordia!

¿Y que diremos de tan prodigiosa panacea y de sus acérrimos apasionados? Quién lo quiere curar todo con el *hálsamo de Malats*; quién con el *jarabe pectoral de Fernandez*; éste con la *mostaza blanca*; aquel con *agua en ayunas*; el otro con el *vomi-purgante de M. Le Roy*; ese otro con el *alcánfor de Raspail*, y no falta quien pretende aplicar á todas las dolencias las *fumigaciones antisifilíticas del doctor Gosalbes*. «No tenga V. aprension,» dice fulano á un hombre que está poco menos que moribundo. «Haga V. cama; medicínesse V.; no coma; no respire;» dice otro al que tiene la desgracia de revelar que le incomoda un callo. Y si en todo tiempo han sido los curanderos una verdadera calamidad, ¿cuánto mas en circunstancias como las presentes? ¡Qué de planes preservativos del cólera-morbo, todos contradictorios! ¡Qué de recetas maravillosas! Desgraciado el que sea dócil á las insinuaciones de los charlatanes. Por mi parte, si caigo malo, haré llamar al médico, porque ya que de sus visitas no me resulte otro beneficio, así lograré al menos que un solo individuo me martirize y me sepulte; pero al que pregunte como estoy, le diré que gozo de la mas perfecta salud, aunque me falte poco para dar las boqueadas.

El nuevo Diógenes.

¿Quién es ese señor que al parecer raya ya en los cuarenta años, cuyo traje es elegante, su porte distinguido, y á quien se encuentra en todas partes, aun cuando siempre solo, en los teatros, en los paseos, en las fiestas públicas, en los sitios mas frecuentados, y en los parages mas solitarios? Sus ojos dirigen á todas partes escrutadoras miradas, nunca se trasluce el fastidio en su semblante, y sin embargo nunca se distingue en sus labios la mas leve sonrisa. ¿Quién es? ¿Qué busca? — Es, suelen responderme un nuevo Diógenes; solo que este no busca un hombre, lo que busca es una muger, y los ojos le sirven de linterna. Ese hombre es rico, bien formado, agraciado en su semblante, y no obstante hará ya veinte años que anda en busca de una muger!... se ha creado una quimera; vamos á juzgar de su originalidad.

A los veinte años se enamoró de una señorita muy bien nacida, muy linda, que poseia mil buenas cualidades. La hizo la corte, no la perdía de vista, la pidió en casamiento, y obtuvo la aquiescencia de los padres. Todo iba ya á formalizarse, cuando una noche acertó á hallarse en una reunion escogidísima con su prometida; entonces era moda bailar la gabota, y él no sabia bailarla, pero su futura la bailaba muy bien. Cierta caballero invitó á la susodicha señorita á bailar una gabota, aceptó, y tanto ella como su pareja lo hicieron á las mil maravillas. Al dia siguiente del baile, le preguntó nuestro original á su prometida si habia pasado bien la noche, confesóle ella que habia soñado con el jóven con quien habia bailado la gabota: al oír semejantes palabras huyó de su lado, rompió el casamiento, y no volvió á verla mas.

Poco tiempo despues, amó á una muchacha sin fortuna, pero que reunia las virtudes á la belleza. Parecia compartir su ternura, y cada dia se hallaba mas enamorado de ella. Ya próximos á casarse, hubo de preguntarla acerca del estado de su corazon. — ¿No ha amado vd. á nadie antes de conocerme? le preguntó con zozobra. — No, vd. ha sido mi primer amor. Sin embargo, á los trece años, amaba mucho á mi primo, y le llamaba mi marido. No se necesitó de mas para alejar á nuestro nuevo Diógenes.

Trascurridos algunos años, se dejó apasionar por una señorita de rara belleza, cuyo amable talento le hacia escusables algunos ligeros defectos. Iba ya á encadenarse con ella de por vida... cuando un dia entró en su casa de improviso, y la sorprendió aspirando un poco de rapé. Huyó y no la volvió á ver.

El moderno Diógenes se enamoró en seguida de una simple modista, muy donosa, muy fresca y sumamente candorosa. Hallábase dispuesto á hacerse superior á las habillitas del mundo y á darle el título de esposa, cuando una noche la vió *echar las cartas* con una baraja. No se necesitó de mas para que la abandonase, no queriendo unirse con una muger que creia en la *buena ventura*.

Posteriormente, ¡cuántos otros compromisos no ha contraído sin que obtengan resultados mas venturosos! La una es bonita, pero coqueta; otra no es coqueta, pero no tiene gracia; esta es apasionada, pero es celosa, aquella es amable; pero no tiene talento, aquesta tiene talento, pero se lo sabe mucho, esotra escribe versos, ó es muy apasionada por el baile, ó muy risueña, ó muy seria, ó demasiado sensible ó muy poco reservada. El nuevo Diógenes ha trabado muchas relaciones, sin que la mayor parte de ellas hayan durado siquiera ocho dias. Muy fácil de inflamarse, pero mas dispuesto á dejarse enfriar, vá recorriéndolo todo con la esperanza de hallar el fenix que busca. En vano le dicen sus amigos muchas veces. Se puede ser excelente esposa y hacerse decir la buena ventura, no es una muger menos bella porque aspire alguna vez que otra un poco de rapé; se puede amar á su marido y soñar con su pareja, se tiene aun el corazon libre despues de haber llamado á su primo *mi marido*; el nuevo Diógenes no les escucha, y continua buscando una muger. Pero ya encanecen sus cabellos, y cada año le será mas difícil el agrandar á un sexo encantador, al cual se empeña en hallar perfecto, sin considerar que es necesario perdonarle algunos ligeros defectos equilibrados, — mejor superados, — por mil excelentes cualidades.

Los disparates estralimitándose de las Gacetas.

Estamos acostumbrados á leer los mayores disparates, las heregias mas atroces relativamente á literatura y artes, en esa seccion de los diarios políticos que lleva el mal nombre de *Gaceta*; pero no habiamos visto hasta ahora artículos que con toda la facha de formalotes é imparciales adolecieran de las mismas cualidades que los párrafos destinados á ocupar la última plana de los periódicos. Uno de los diarios mas ilustrados, *La España*, ha tenido la debilidad de dar cabida en el número del jueves á una serie de renglones anónimos plagados de errores y reclamos que llevan por título *Revista bibliográfica*. Si el tal artículo mereciera alguna importancia por su propia forma, nos ocuparíamos en probar al crítico incógnito; que quien elogia traducciones como la de *Cesar Cantu* y como la de la *Historia del Consulado y del imperio* á que parece referirse; quien dice que desde que Pons (1) escribió sus excelentes cartas sobre antigüedades, ningun otro escritor compatriota nuestro se ha ocupado en hacer un libro referente á cosas de España, hasta que el señor Mellado ha aprendido la obra, que nosotros hemos denunciado (sin que nadie lo contradiga con razones) como un plagio vergonzoso del apreciable libro de los señores Cuendias y Ferreal, que el autor del artículo rebaja injustamente; quien recomienda en fin, periódicos como el *Museo de familias* y dice que la publicacion de *La Semana* es un verdadero adelanto considerado bajo el aspecto literario y artístico, ni sabe lo que trae entre manos, ni ha leído las publicaciones que cita, ni ha hecho otra cosa que coser pedazos de anuncios y párrafos laudatorios.

Duélenos sobremana que un periódico de tan buen juicio como *La España* inserte esos escritos en que se alaba y se critica *ex cathedra*, sin dar razon alguna, y se pronuncian juicios rotundos sobre cosas que acaso no se han visto ni por el forro. En las gacetas nada choca ya, porque los editores y algunos que se dicen escritores, han abusado y abusado de ellas sin tener en cuenta mas que sus intereses, de ningun modo la buena fé del público; pero en artículos que por su colocacion aparecen con mas pretensiones, no es disculpable ver acogidos los mismos dislates que hábilmente se han hecho circular estos dias en la parte indiferente de varios periódicos.

El Lagarto y el Zorro.

A un lagarto metido en su agujero

Estraordinario ruido

Escita la atencion; sale ligero;

Lo que mira le deja sorprendido.

En funebre carroza que seguian

Antorchas y cantantes,

Un féretro enlutados conducian

Al panteon seis fuertes elefantes.

A un zorro que pasaba allí cercano,

Volviendo la cabeza,

Y la risa encubriendo con la mano,

Por cuanto vé le indica su estrañeza.

— Son de un escarabajo funerales

Es: pompa tan rara,

Digna de risa; pero en casos tales

La ocultó porque suele salir cara.

¡Tal aparato á objeto tan mezquino!

Por no morir de risa,

De ce el lagarto, al ver tal desatino,

Me zampo en mi agujero á toda prisa,

— Este diálogo aprendan los pedantes

Que toman el trabajo

De pronunciar discursos elefantes

Sobre alguna cuestion escarabajo.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

(1) No es Pons, que es Ponz.

La felicidad de los pobres.

Después de un día de trabajos, de fatigas, tener la seguridad de que hallarán trabajo en la semana siguiente, es la mayor felicidad de los pobres.

Para ellos no existen los placeres caros, no tienen que soñar ni en los espectáculos, ni en los teatros, ni en las partidas de campo. Pero existen para el corazón, para el alma, goces más verdaderos, más dulces y que no cuestan nada: abrazar á su mujer, servir de apoyo á un padre ó á una madre enferma, hacer brincar á sus hijos sobre sus rodillas, hé aquí cuáles son los placeres de los pobres.

El capitalista vive intranquilo pensando en las alzas y en las bajas de la Bolsa, el armador teme las tempestades, el comerciante emprende especulaciones arriesgadas, el mercader que no ha vendido, ve llegar con espanto uno de los plazos, otro tiembla por sus acreedores, el comisionista teme las reformas, el propietario los incendios, el traganante los ladrones. El no conoce ninguno de estos temores, lo cual constituye también parte de la felicidad de los pobres.

El gastrónomo cae muchas veces enfermo á consecuencia de su intemperancia; el inglés encajonado en su butaca, jura por la gota que se ha adquirido á fuerza de toasts, ese joven fátuo teme á la jaqueca por haber bebido media copa de *champagne*, ese otro corpulento señor está á dieta de resultados de una comilona. Pero el trabajo y la sobriedad sostienen la salud, y con ella se conserva la alegría: esta es la felicidad de los pobres.

Si por acaso se deslizan deseos ambiciosos por su alma, inmediatamente salen de ella porque no viene con ellos la ociosidad. La habitud del trabajo se lo ha convertido en un placer, el contentarse con poco los acostumbra á menospreciar los bienes de que carecen, se avergüenzan de haber podido tener, durante un momento, envidia á los ricos, y vuelven al seno de su familia, cantando lo que primero se les ocurre, como el sábio después de haber visitado los palacios de los reyes, se vuelve á ver otra vez con placer en su modesta morada.

¡Era tan bonita!

Había jurado no volver á amar; engañado, burlado cien veces, quería, no huir de un sexo en que cifra la sociedad el encanto de la vida, sino verlo con indiferencia, y no mirar la belleza sino como un simple aficionado, y como esos jugadores que se han encumbrado á la categoría de sábios, que se limitan á hacer las jugadas, sin interesarse en el juego. Pero ¡ay! los juramentos de los hombres se hallan inscritos en arena! y ¿cómo hubiera podido resistir al amor, habiéndose presentado Clotilde ante mi vista? ¡era tan bonita!

He olvidado mis juramentos, he dado un adiós á la prudencia, y aun muchas veces á la razón, ¿es posible conservarla á su lado? Gracia, donaire, atractivos, fresca, todo lo reunía para agradar; era preciso amarla, todos cedían á su imperio y yo hice lo que todos; pero yo hubiera querido ser amado solo, porque siempre somos egoístas. Durante algun tiempo he

los amores, de las seducciones de que incesantemente se veía rodeada y que á su vez sabía prodigar tan bien. ¡Tantas gracias, tantos atractivos no contuvieron á la parca cruel! ¡Clotilde ha bajado al sepulcro! Solo ha brillado durante un momento.

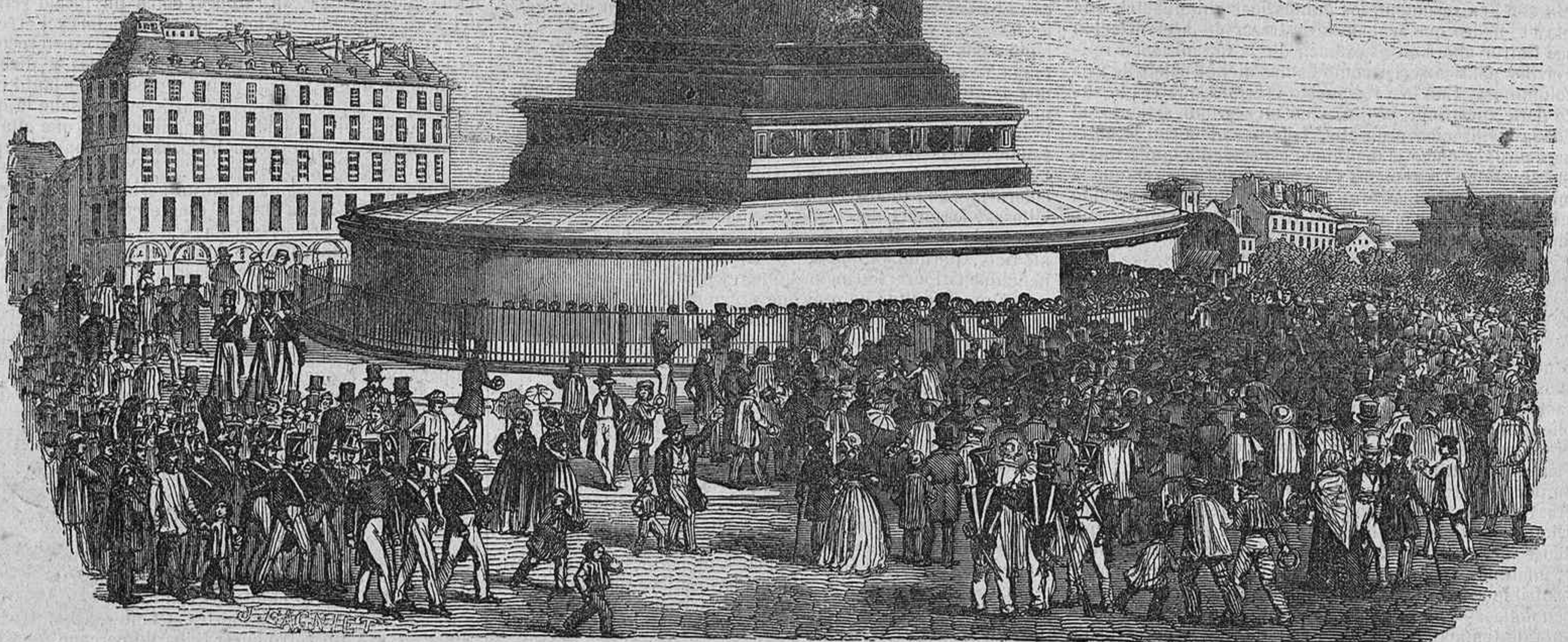
Todos cuantos la circundaban, que procuraban obtener de ella una mirada, una sonrisa, la han olvidado ya para correr en pos de otras conquistas!... Solo yo vengo á visitar su sepulcro; solo yo vengo á sentarme sobre esta tierra que cubre lo más seductor que había formado la naturaleza. No pienso en lo mal que obró respecto á mí, no recuerdo sino los dulces momentos que pasamos el uno al lado del otro. Si existiese aun, me contemplaría feliz con obtener de ella una hora de amor. Por esta hora, llegaría aun á perdonarla todas las demas.... ¡Era tan bonita!

La columna de Julio.—La columna de Vendome.

Presentamos al lector la vista de dos célebres monumentos que embellecen á la capital de Francia: la columna de Vendome y la de julio; la primera erigida á la gloria de Napoleon, la segunda á la memoria de una revolución que ha necesitado de otras revoluciones, y que probablemente necesitará aun de otras más. Aquella se halla en la hermosa plaza de Vendome, esta ocupa el lugar en que existía la famosa fortaleza de la Bastilla. El aniversario de la muerte de Napoleon lleva á la población de París á rendir un tributo de admiración y reconocimiento al gran capitán del siglo XIX. El de la revolución de julio reúne en la Plaza de la Bastilla á los que celebran la memoria de la malhadada revolución de julio. La columna que recuerda este hecho es también visitada en otras ocasiones solemnes en que el pueblo de París hace atarde de su amor á la libertad. En estos días en que están para cumplirse dos años desde que se verificó la no menos malhadada revolución de 1848, los habitantes de la capital de Francia se reunirán para solemnizar el establecimiento de la dichosa República á que ha venido á parar, después de tantas revueltas, de tanta sangre y de tantos sacrificios. Hemos creído deber aprovechar esta oportunidad para ofrecer las dos vistas estampadas en los presentes folios, que no serán las últimas con que procuremos dar á nuestros suscritores una idea completa de las principales bellezas de París.

Don satisfecho.

Ni soy bonito, ni feo, ni alto, ni pequeño, pero todo ello me es indiferente, estoy bueno que es lo esencial. No doy gran valor á la belleza, á la regularidad de las facciones; que mis ojos sean azules ó castaños, pardos ó negros, rasgados ó redondos, si veo bien con ellos, con esto solo me basta. ¿Qué me importa ostentar en mi nariz la figura de una trompeta en lugar de que sea griega ó romana, con tal que perciba los aromas de las flores? Si mi boca es grande, así podrá hablar y comer con mayor comodidad; si son crespos mis cabellos, así me escuso el ponerme papillotes; y si ostento un abultado abdomen,



Columna de Julio en la Plaza de la Bastilla.

creído ser adorado; jella me hacia creer todo lo que quería! ¿Cómo dudar de lo que dice una boca encantadora?... Aun en los momentos en que su coquetería me había entristecido, con una palabra, con una sonrisa disipaba mis sospechas... ¡Era tan bonita!...

Tengo hechas por ella mil locuras; descuidando mis ocupaciones, mis parientes, mis amigos, todo lo olvidaba para no ver sino á ella, para no ocuparme sino de ella. No prestaba oído á los más prudentes consejos; huía las observaciones de la amistad; yo no tenía ojos sino para ella; no podía existir sino donde ella estaba. Satisfacer todos sus gustos, todos sus caprichos, anticiparme á sus menores deseos, era mi más grata ocupación. Disipaba mi fortuna, perdía mi tiempo,

descuidaba mis estudios y sin embargo nada echaba de menos: era tan bonita!

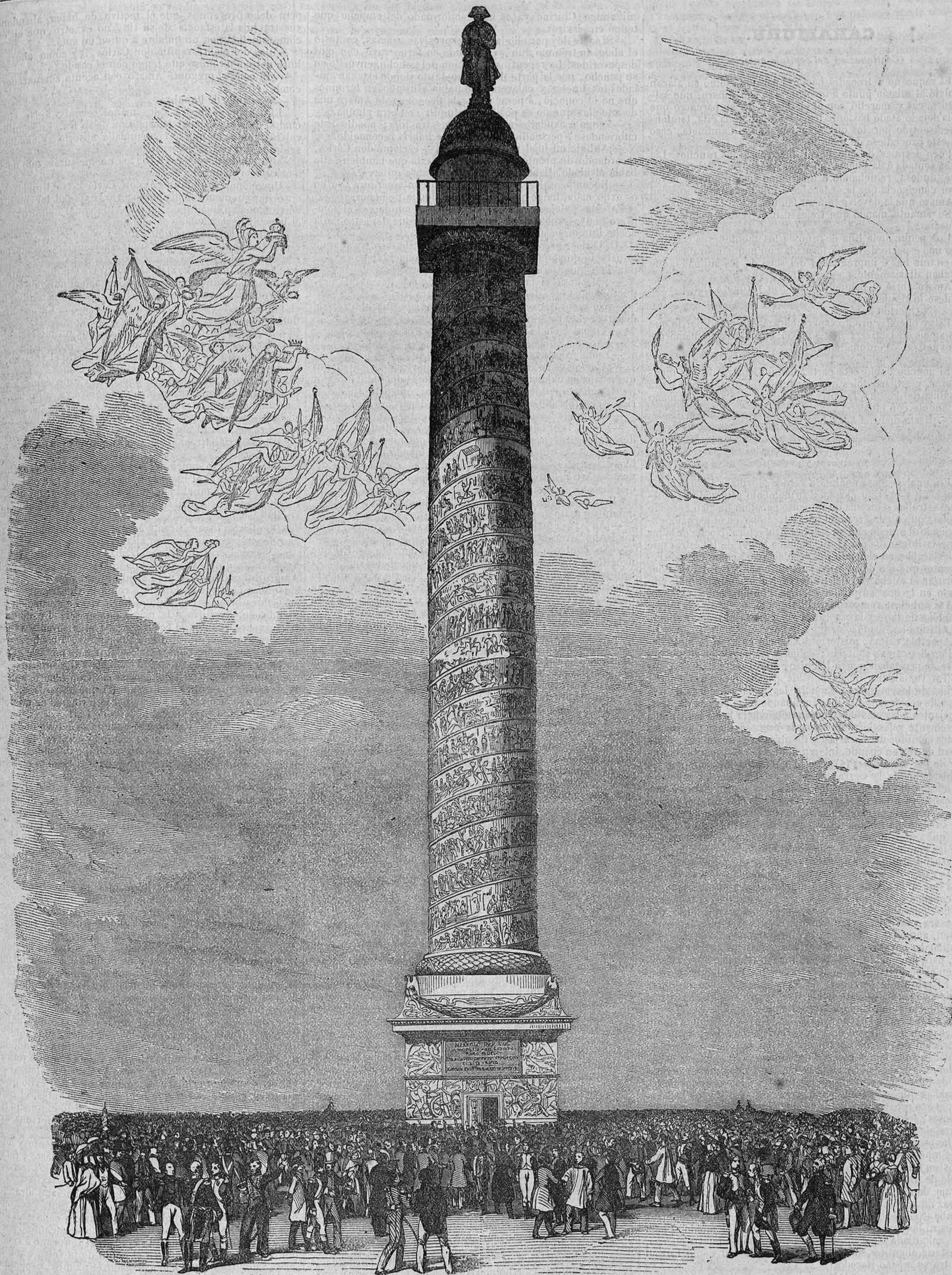
Por premio de tanto amor, fui también engañado! me dejé. la ví con otro... ni aun me queda el consuelo de dudar de mi desdicha. Al pensar en todo lo que había hecho por ella, en su ingratitud, en su perfidia, me halagaba la idea de olvidarla fácilmente, ó cuando menos de aborrecerla tanto como la había amado. ¡Esfuerzos vanos! mi débil corazón la amaba aun... su imagen venia constantemente á ocuparlo; y, á pesar de su traición, conocia que la adoraba siempre... ¡era tan bonita!

Pero ¡ay! su carrera fué corta, segada en la flor de su edad, la muerte la ha herido en el seno de los placeres, de

también me sirve de punto de apoyo para descansar los brazos.

No tengo estado, ni empleo alguno; pero hago todo cuanto se me ocurre si me divierte. No me alijo por acaecimiento alguno desfavorable, porque no echo cuentas con nada; pero me río en cambio muchas veces porque saco el posible partido de todo. Bebo cuando tengo sed, como cuando siento apetito, y suelo comer con frecuencia.

Suelo hacer ya tres, ya cuatro, ya cinco comidas al día; no voy nunca á casa de las personas que me fastidian, ni rehúso un convite de cualquiera que sea de mi agrado. Cuando me veo rodeado de buenos talentos, no me enorgullezco por ello; cuando me encuentro rodeado por el gran mundo, no suelo estar más triste por ello tampoco.



Columna de Vendome.

Cierro los oídos cuando hablan mal de alguien, los abro cuando cantan himnos de alabanza; nunca pido para no verme espuesto á que se me niegue, pero acepto siempre con el fin de no disgustar á nadie. No formo proyectos de miedo de que no salgan bien, pero me aprovecho de las ocasiones cuando me son favorables.

¡Dicen que las mugeres son falaces, pérfidas, celosas!... No creo ni palabra de todo esto; para mí todas son sinceras, dulces, tiernas y fieles. No me inquieto nunca por lo que haga mi amada cuando no estoy á su lado; con tal de que me re-

ciba bien cuando me vea, no exijo nunca nada mas. No miro nunca si tiene tinta en los dedos, si se dirigen sus ojos hácia el reloj ó hácia el balcon; no observo si me responde con embarazo, si se embrolla en lo que me dice, si parece forzada su alegría; me jura que me adora y yo me guardo muy bien de abrigar la menor duda acerca de ello; algunos dias despues la encuentro con otro, y la dejo; dirijo hácia otro lado mi amor y mis votos; tengo un fondo de sentimiento y de filosofía que me hace superior á todos esos leves acontecimientos.

Los unos me juzgan tonto, los otros con talento. Algunos

murmuran de mi tranquilidad de espíritu, otros me lo envidian. Algunas señoras me acusan de insensibilidad, de amor propio, en sociedad me tienen por un original; yo me contento feliz, que es lo esencial. Dicen que la edad me prestará ciencia, ya la tengo: hace mucho tiempo que no cuento los años, me cuido solo de emplearlos bien. ¡Oh! qué importa llegar á los cincuenta ó á los sesenta años, con tal que se haya vivido bien! Hay centuagenarios que no podrian contar un año de felicidad en toda su vida; si yo muero á los treinta años poseeré aun mas bienes que ellos.

CARAMURÚ.

(Continuacion del capítulo anterior.)

El vaqueano retrocedió hácia el naranjo, tomó su alazan y volvió al mismo punto á incorporarse con Amaro, que salió en ancas y marchó con él en busca de su parejero que habia dejado atado bastante lejos del lugar de la cita, temiendo ser sentido por los que acompañasen al Cambueta, caso que este procediese de mala fé.

Poco despues de anochecer llegaron á los ranchos. Lia estaba sentada á la puerta del suyo, pensativa y triste, vacilante, dudosa, reluchando á un tiempo con su amor y la voz de su conciencia que la ordenaba exigir de la caballerosidad de Amaro que la devolviese á su familia...

Su amante mandó que trajesen luz y entró seguido del vaqueano.

Una pequeñuela hija de uno de los montoneros corrió y trajo una especie de hacha formada con pequeñas ramas atadas en una haz é impregnadas del sebo de los animales que mataban diariamente.

Amaro abrió el pequeño escritorio y rogó á Lia que escribiese lo siguiente:

Querido Papá:

Estoy buena y pronto espero abrazaros: creed por lo que mas ameís en la tierra que todavía soy digna de llamarme hija vuestra.—Perdonadme.

LIA.

El gaucho dobló esta carta, llamó á cuatro de sus montoneros, y ordenándoles que acompañasen al vaqueano hasta la salida del bosque, le entregó el billete y le apretó la mano diciéndole con efusion:

—¡Hasta mañana á las doce!

XII.

Protector y protegido.

Era una hermosa noche de verano: brillaba la luna llena en el céntit y el oscuro azul del firmamento salpicado de rutilantes estrellas semejava un inmenso pabellon de tisú bordado de plata que algun arcángel hacia tremolar en el espacio, envolviendo al mundo con su soubra protectora. Noche de amor y poesía iluminada por el melancólico fulgor de los ástros que se destacaban en el fondo del cerúleo velo, como chispas refulgentes que iba dejando en su camino el carro del Hacedor al cruzar la ancha red del universo. Noche de indefinible embeleso en la que suspiraba el alma contemplando el cielo, cual si anhelase romper los grillos que la sujetaban á la tierra, y en alas de la fé y la esperanza volar hasta el trono radiante del Altísimo!...

Apacible calma, misterioso silencio cubrian la vasta estension del campo solitario; calma y silencio que al perturbarse, le prestaban nuevo hechizo, nueva magestad y encanto. Tal vez alguna ráfaga perdida pasaba murmurando por encima de los bosques y sacudia las gallardas copas de millares de árboles, que se iban inclinando unas en pos de otras, semejantes á las olas del Océano cuando la brisa las empuja suavemente y las derrama sobre la arenosa playa; acaso los tristes gemidos del *ñacurutú* y de otras aves nocturnas, resonaban de vez en cuando, interrumpidos por el espantoso aullar de los *cimarrones* (1) que hambrientos vagaban por las fragosidades de la sierra; acaso se estremecian los pajonales y ondeaba el césped bajo los ágiles pies de los *hurones* que buscaban su presa á los trémulos rayos de la luna; ó el pesado *Anta* se revolvia en el fango de algun riachuelo, dejando escapar por su pequeña trompa un áspero resoplido, indicio del placer que experimentaba; tal vez alguna leve tribu asomaba por las empinadas lomas, tendida al viento la larga cabellera, y descendía al llano haciendo retremblar el suelo bajo el sonante casco de sus veloces potros, inclinada sobre su cuello, para que á la distancia la confundiesen con alguna manada de caballos ó novillos silvestres; y en fin, quizá un rumor lejano, parecido al bulente hervor de una gran caldera que rebosara y se derramase apagando las llamas que la envolviesen, anunciaba que algun rio gigantesco salia de madre y se dilatava por los campos vecinos, sin estrépito ni violencia, pero imponente, arrollador, incontrastable, como el tiempo en el océano de las edades, tragando y vomitando siglos...

El reló de la parroquia de Paysandú dió doce lúgubres campanadas: largo rato hacia que Amaro se paseaba por el cementerio aguardando á sus amigos.

La luna reflejaba sus rayos en las blancas osamentas amontonadas en un extremo de la mansion de los muertos; gemia el crecido césped de las tumbas, y los sauces y cipreses se doblaban á intervalos con doliente murmullo; fugitivas exhalaciones cruzaban allí y aquí; se oia clara y distintamente dentro de los nichos el ruido de los dientes y los chillidos de las alimañas que se nutren con los frios despojos de los cadáveres; el eco repetia en el cóncavo suelo las pisadas, y voces misteriosas, tristes ayes y quejidos parecian salir del seno de la tierra, de las losas de los sepulcros, de los árboles, del césped, de las osamentas y hasta de los pajizos y derruidos muros.

Empero Amaro, á pesar que creia como todos los gauchos en duendes y aparecidos, paseábase impasible y tranquilo de un extremo á otro del osario. Fijaba sus ojos en el paraje donde habian enterrado al Enchalecador, y se sentia capaz de volver á matarle si se levantase de nuevo de su tumba. Nada habia en el mundo que le hiciera temblar, ni los vivos ni los muertos. Su alma, inaccesible al miedo, podia ser aniquilada, pero mientras permaneciese en su cuerpo, prestaría aliento á su brazo hasta para luchar como Luzbel contra su mismo Hacedor!

Sacóle de sus meditaciones la aproximacion de don Carlos Niser que venia acompañado del Vaqueano.

Al verlos, saltó por las tapias del cementerio y salió á su encuentro.

D. Carlos y su acompañante retrocedieron llenos de pusilánimes aprensiones; es indudable que á no estar prevenidos y á no haberles él gritado que era el que aguardaban, hubieran echado á correr, sin detenerse hasta llegar al pueblo.

—Señor don Carlos, dijo Amaro, sacándose el sombrero,

mi amigo Chirino ya os habrá informado del empeño que tengo en serviros.

—Si, y te doy por ello las mas espresivas gracias, contestó el abogado trémulo aun, y mirando en torno suyo con ojos desparpados. La repentina aparicion del gaucho, envuelto en su poncho, por la parte del Campo-santo donde estaban apilados los huesos y calaveras, le habia asustado en términos que no le conoció, á pesar de ser la fisonomía de Amaro una de aquellas que no es posible confundir con otra alguna.

—Vengo á ayudaros á recobrar vuestra hija, añadió este cubriéndose, persuadido de que ya le habria reconocido.

—¡Ah! sí, mi hijal mi querida hija!—esclamó don Carlos, recordando de pronto el objeto de la cita que tambien se le habia olvidado. Habla, dí, ¿qué recompensa quieres?

—¡Recompensa!... replicó el gaucho con amargura, yo no os exijo nada, tengo que pagaros una deuda de honor.

A estas palabras Amaro se sacó por segunda vez el sombrero, cuyas anchas alas impedían que la luz del ástro de la noche iluminase su semblante.

D. Carlos, preocupado con otras ideas, le miró, y aunque le pareció que aquella cara no le era desconocida, no cayó al punto en quien era.

—¿Me harás el favor de decirme cómo te llamas? le preguntó; tengo idea de haberte visto en otra parte.

—¿No recordais señor de Niser un viaje que hicisteis al departamento de Minas?

—¿Cuándo? en 1810?

—No: en 1815.

—Tambien estuve en esa época.

—¿Y no os acordais, señor, de un jóven de veinte años que estaba en capilla y debia ser fusilado al dia siguiente por haber muerto en desafio sin testigos al único hijo del mas rico y considerado propietario de aquel departamento?

—Si... me acuerdo... pero confusamente.

—¿No os acordais, señor, que á ruego de vuestro pariente don Nereo, interpusisteis vuestra poderosa mediacion con el comandante, á quien estaba confiado el mando de aquel pueblo y partisteis esa misma tarde para el campamento del general Artigas, volviendo cuatro dias despues con el perdon que me otorgó, gracias á vos?

Don Carlos se acercó al gaucho, le miró con avidez y dando un grito de gozo:

—¡Ah! tú eres Amaro, esclamó; gracias, gracias, ¡Dios mio! Ahora recobraré á mi hija.

—No contento con eso,—continuó el amante de Lia que necesitaba enumerar uno á uno todos los beneficios que debia á su padre, á fin de tener fuerzas para hacerle por completo el heróico sacrificio que deseaba; no contento con eso, me disteis un cinto de onzas, cartas de recomendacion para Buenos-Aires, y por fin, me salvásteis por segunda vez la vida, desbaratando una celada dispuesta por mis enemigos para asesinar me al pasar el Uruguay.

—Es verdad... me interesaba por tí como por un hijo; pero tú, tú no has correspondido á mi afecto como debias. Ni una vez sola has procurado verme en el espacio de ocho años!

—¿Habeis necesitado de mí alguna vez?

—No. Ahora únicamente.

—Pues ahora estoy aquí.

—Y tanto confio en tí, que solo al verte he creido que volveria á recobrar á mi hija, porque sabiendo tú donde se oculta, por grado ó por fuerza la traerás á mis brazos, aunque te costase la vida, ¿no es verdad?...

Al espresarse de esta manera, muy lejos estaba don Carlos de valorar todo el alcance de sus espresiones; no hacia mas que manifestar su ciega confianza en las promesas del gaucho. Sabia que ellos son esclavos de su palabra y que mueren antes de quebrantarla sin retroceder ante sacrificio alguno, cuando se les exige su cumplimiento.

—Acaso nunca sepais señor de Niser, repuso dolorosamente Amaro, vos que me acusais de ingrato, cuán caro me cuesta retribuir vuestros beneficios!

—No te comprendo, respondió don Carlos admirado.

—Ni es necesario que me comprendais... decidme, teneis presente por ventura lo que os dije el dia que recibí mi perdon?

—Me juraste que en cualquiera situacion y en cualquiera parte donde te hallases, acudirias á mí en cuanto yo te lo indicase, y fuese cual fuese el favor que te pidiera, lo ejecutarías en el acto sin vacilar.

—Heme aquí por lo tanto esperando vuestras órdenes.

—Quiero ver á mi hija, si es posible recobrarla.

—Pasado mañana, Dios mediante, la tendreis en vuestra casa.

—¿A qué horas?

—Despues de las carreras.

—Ah! por la virgen, ¡no me engañes Amaro, repitió el anciano con recelosa alegría, no me hagais consentir en tamaña ventura, que luego debe hacer mas anarga la triste realidad!

—Os repito que pasado mañana, suceda lo que suceda, cueste lo que cueste abrazareis á vuestra hija.

El tono avasallador del gefe de los montoneros no dejaba lugar á dudas. Don Carlos cedió á la influencia que dominaba á los demas. Inútil era reflexionar: Amaro subyugaba por la fuerza del sentimiento. Convencia sin intentar. Su porte, su ademán, su acento hablaban con mas elocuencia que sus palabras.

—Si acaso yo mismo no os la entrego,—prosiguió,—salid de Paysandú, y muy cerca de sus murallas encontrareis mi cadáver sangriento...

—¿Qué dices? esplicame ese misterio!... esclamó don Carlos azorado.

—Nada me preguntéis, nada!... porque nada puedo decir, respondió el gaucho con voz solemne, lenta y resignada;—cúmplase la voluntad de Dios!

Grande era la curiosidad y el ánsia del amoroso padre, pero convencido como estaba de que por mas instancias que hiciera al gaucho no le arrancaria una sola palabra, habiendo manifestado que nada diria, guardó silencio y se dispuso á marcharse.

—Hemos concluido, dijo, adios Amaro, descanso en tí.

—Dos palabras, señor si gustais, replicó este deteniéndose del brazo.

—Di lo que quieras.

—No puedo ni está en mi mano poner ninguna condicion;

pero debo preveniros que el motivo de haber abandonado vuestra hija la estancia de su tia, no es otro que el estar comprometida con un hombre á quien no ama.

—Dios del cielo, repitió don Carlos, ¿y cómo ahora me libro del compromiso que tengo con el conde?

—¿El conde? preguntó Amaro con acento amenazador; es conde, eh?

—Sí, conde de Itapeby.

El gaucho se llevó las dos manos cerradas á las sienas, cual si quisiese detener la explosion de su ira. En seguida se volvió al anciano que le contemplaba absorto, y añadió poseido de un vértigo infernal:

—No puedo devolveros á Lia, si no me jurais que no violentareis su voluntad.

Un relámpago iluminó á don Carlos: las tinieblas que envolvian su mente se disiparon; vió la verdad tal como era; advinó que su hija estaba en poder de aquel hombre, y que él la amaba y era amado de ella.

—¡Desgraciado! esclamó, tú la has seducido, tú eres su raptor; tú has abusado de su inesperienza y de sus pocos años. ¡Infame!

El indómito gaucho al oirse apostrofar tan duramente, por un movimiento involuntario llevó la mano al puño de su daga, pero con la misma rapidez se detuvo, hincó una rodilla, tomó el puñal por la punta y se lo presentó á don Carlos diciéndole:

—Si, yo os he robado vuestra hija, soy un miserable; la vad con mi sangre vuestra afrenta!

—Tan niña y perdida para siempre! repetia el anciano, llorando y escondiendo la cabeza entre sus manos.

—¡Oh! no la ultrageis está inocente y pura como los ángeles!... Si se halla en mi poder es contra su voluntad.

Entonces Amaro se puso en pié y en breves palabras llenas de elocuencia y pasion, le contó la historia de sus malhadados amores. El abogado le escuchó en silencio, y antes que acabase su narracion, ya estaba convencido de la inocencia de Lia.

—Sin embargo, murmuró, su reputacion está gravemente comprometida. Si al menos pudieses casarte con ella...

—Ese es todo mi anhelo, mi única ambicion, mi mas dulce ensueño de felicidad! contestó el gaucho radiante el rostro de placer.

Don Carlos le miró frente á frente, y con una amarga sonrisa de desprecio le dijo con altanería:

—Y quién eres tú, para enlazarte con mi familia?

—Ignoro quiénes son mis padres y nada tengo, replicó Amaro humildemente; pero siento en mí algo que me anuncia que mi estirpe es tan clara como la vuestra.

—Pues bien,—continuó el buen viejo enternecido y cediendo sin advertirlo á la magia que ejercia el caudillo patriota sobre cuantos le rodeaban; tú eres jóven y valiente, procura averiguar quienes son tus padres, ó conquistar con tu esfuerzo una posicion social, adquirir un nombre que valga tanto como el que la suerte te niega y Lia será tuya.

—¿De veras? ¿no me engañareis? esclamó Amaro, anhelante, inmóvil, suspenso de la respuesta que aguardaba.

—Sí, te lo juro por mi honor; por la salvacion de mi patria, lo que mas amo en la tierra despues de Lia!

—Entonces, don Carlos... el gaucho se detuvo dudando si debia ó no descubrirle aun su segundo nombre. El nombre glorioso, sinónimo de heroismo y lealtad, que todos los orientales fieles á su patria, pronunciaban con respeto y admiracion.

—Entonces, qué?... preguntó Niser con ansiedad. El aire distinguido del gaucho, su manera de espresarse, el misterio que le envolvía, habian herido fuertemente su imaginacion. Una vaga sospecha de quién podia ser cruzaba al mismo tiempo por su frente.

—Entonces, dadme la mano... contestó aquel, porque soy...

—¿Quién?

—Caramurú!

—Abrazámé, hijo mio! gritó el anciano estrechándole contra su pecho: sí, tú mereces llamarte hijo mio; era imposible que mi Lia se hubiese enamorado de un hombre vulgar.

Largas esplicaciones se sucedieron y de ellas resultó que don Carlos se convino, no en negar su consentimiento á la boda, porque entonces se espondria á la venganza de don Alvaro, sino en dilatarla y solo en el último trance oponerse abiertamente, hasta que arrojados los intrusos del pátrio suelo, pudiese obrar con toda libertad, sin miedo de que le calificasen de *anarquista conspirador* y le confiscasen sus cuantiosos bienes.

Conformes en este punto, Amaro entabló otra animada discusion con el vaqueano, mudo espectador de las anteriores escenas; y muy importante debia ser el asunto cuando la luz del nuevo dia vino á anunciarles que ya era hora de retirarse.

Don Carlos y su futuro yerno tornaron á abrazarse de nuevo; y como el primero se lamentase del mal éxito que podia tener la empresa de que habian hablado antes, el gefe de los montoneros le contestó con su habitual indiferencia:

—No tengais recelo alguno, amigo mio, la fortuna ayuda á los audaces. No es verdad, Chirino?

—Señor, repuso el Cambueta, con vuestra gente y los dos mil aliados que yo me encargo de proporcionaros, no digo con ocho mil portugueses, con ocho mil demonios somos capaces de pelear!

—Dios proteja la buena causa! dijo el anciano alzando los ojos al cielo.

—¡O muerte ó libertad! repitió Amaro: y cada uno de los tres personajes, pensativo y meditabundo se encaminó por distinto sendero; el abogado á la ciudad, el vaqueano á recorrer el departamento y Caramurú al fondo de la selva á informar á sus valientes de que habia llegado el momento solemne de *vencer ó morir*.

XIII.

Las carreras.

A dos leguas de Paysandú se estiende una dilatada planicie, desnuda de árboles, pero tapizada de menuda yerba, la cual termina al Occidente por un dilatado barranco, en cuyas profundidades corre el Uruguay encajonado, y siguiendo las ondulaciones del terreno, ora se precipita en violentos remolinos azotándose contra sus bordes, ora continúa su marcha apacible, cual pintado *iguana*, que se desliza perezosamente á

(1) Perros salvajes.

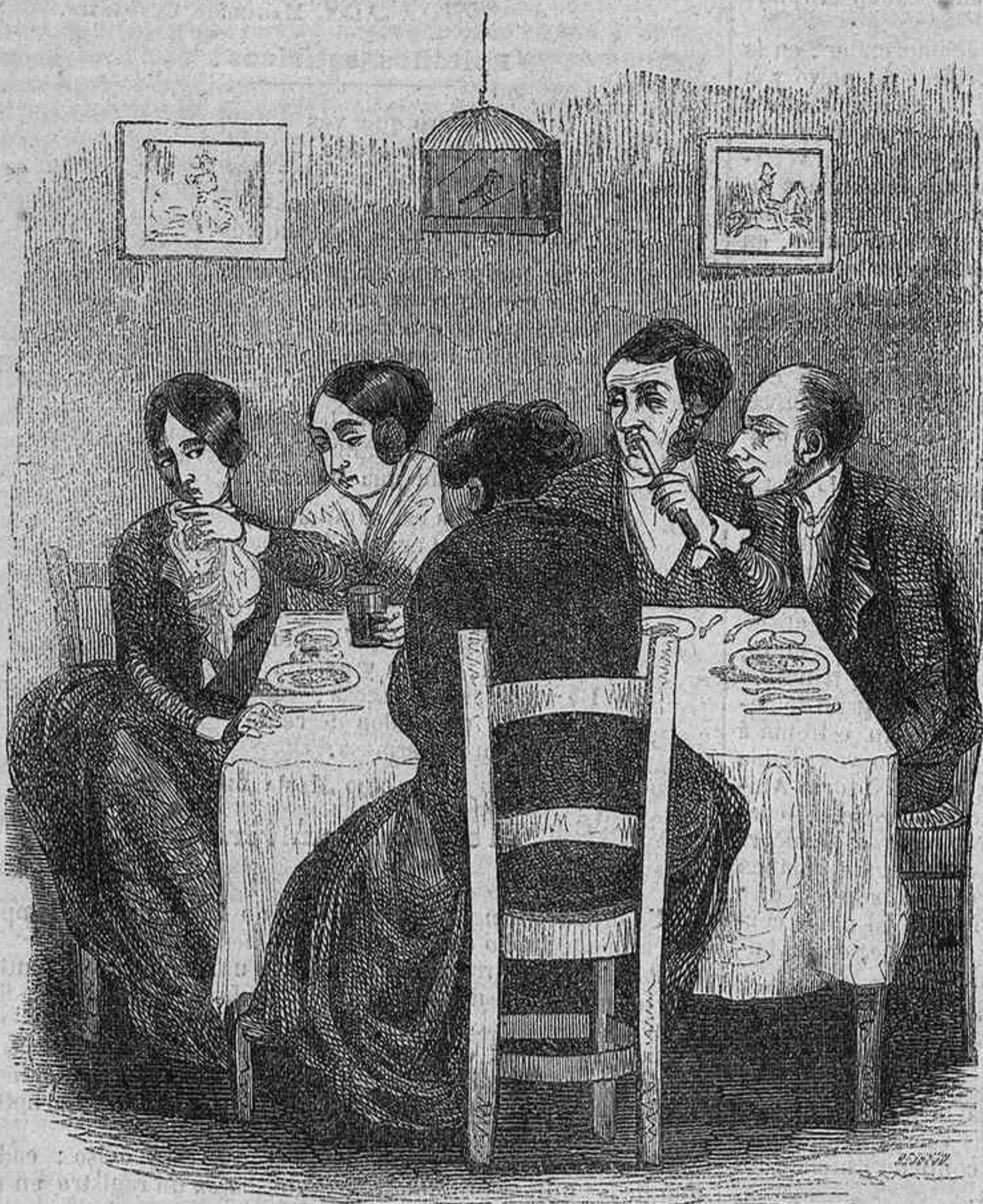
COSTUMBRES.



—Picarilla: cerca de un mes sin haber venido á verme!...
 —Si no sé en qué se me va el tiempo!! Mira: por la mañana salgo; vuelvo á casa y salgo otra vez. Chica catorce vinieron detras de mí ayer!!! Qué tontísimos!!! Luego como y voy al teatro... Y en fin no sé en qué se me vá el tiempo.



—Toma Tomasa: aquí te traigo ese enderezo para que te acuerdes de mis días y sepas que tratas con caballeros.
 —Pues á señora no me gana naide: toma mi retrato al Mimirriotipo.



—Vaya, bebe niña, que todos hemos bebido en el mismo vaso, y no tenemos escobrito...Pues hombre...Otros mas emperijlaos que tú lo hacen.



—Hija! En mi casa se barre y se limpia la cocina diez veces al dia. Diez veces lo que menos.
 ¿Y la sala?

REDACTOR Y PROPIETARIO, D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, calle de Jacometrezo, núm. 26